

V Jornadas de Investigación en Humanidades

Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013

www.jornadasinvhum.uns.edu.ar



Volúmenes Temáticos de las
V Jornadas de Investigación en Humanidades

coordinación general de la colección
GABRIELA ANDREA MARRÓN

Volumen 9

**Archivos y fuentes para una nueva
Historia socio-cultural**

SILVINA JENSEN
ANDREA PASQUARÉ
LEANDRO A. DI GRESIA
(editores)

**Fuentes para la historia social
de la cultura: intelectuales, viajeros,
lectores y editores**

Los ego documentos en la formación de redes intelectuales americanistas a comienzos de siglo XX

Andrea PASQUARE
Universidad Nacional del Sur
apasquare@yahoo.com



Las cartas y epistolarios personales, relatos de viajes y libros de memorias y recuerdos se insertan dentro de las categorías de “ego-documentos” que junto a los diarios personales, autobiografías, literatura memorialista en general, etc. desnudan la subjetividad de los autores, su personalidad, proyectos y preocupaciones algunas efímeras y transitorias, otras permanentes.

Este tipo de fuentes, definen redes “ego-centradas” alrededor de la figura cuyo epistolario, biografía o diario de viaje conocemos con más o menos densidad según la frecuencia y grado de interacción con sus interlocutores. Definen distintas geografías y logran superar fronteras físicas y territoriales para articular otras simbólicas.

Las cartas recogidas funcionarán como lugares de enunciación y de reflexión acerca de la lengua y la literatura nacionales, que al evaluar las obras puestas en circulación de escritores americanos emprenderán una búsqueda conjunta de tradiciones, genealogías, topografías de lo hispano dentro de lo americano.

El relato de viaje por su parte es un género discursivo de imaginación y ficción que se combina con una práctica de conocimiento intelectual. En este género el que escribe es el que viaja y programa una serie de reconfiguraciones de las imágenes que recoge que posibilitan la emergencia de una literatura autorreferencial y biográfica, que en el caso de los escritores americanos de principios del siglo XX, dio cuenta del conflicto por la falta de modernización literaria, a ausencia de dispositivos y plataformas de expresión moderna.

A partir de las epistolarios intelectuales de Darío, Riva Agüero, Rojas, Unamuno, Ugarte, de sus literaturas memorialistas y relatos de

viaje hemos procurado conocer las rutas de circulación de ideas y escritos acerca del americanismo, hispanoamericanismo y/o panhispanismo, la literatura continental y la construcción imaginaria de la América Española producidos en España y América, considerando sus marcos conceptuales, sus soportes y lugares de enunciación, y la materialidad de esos contactos (la correspondencia privada pero también las revistas, editoriales especializadas, instituciones culturales, invitaciones y visitas, etc.) que contienen esas cartas.

Las cartas de Unamuno: crítico cultural de las letras americanas o cómo pensar genealogías y tradiciones americanas

En el caso de los corpus que nos ocupan, las cartas intercambiadas entre el español Miguel de Unamuno (*Epistolario americano*, 1996; Chávez, 1959; Manuel García Blanco, 1964 y 1966), los argentinos Manuel Ugarte (AGN, Sala VII) y Ricardo Rojas (Archivo Casa Museo Ricardo Rojas), el nicaragüense Rubén Darío (Alberto Ghiraldo, ed, 1953), el venezolano Rufino Blanco Fombona y el boliviano Alcides Arguedas (Museo Miguel de Unamuno. Universidad de Salamanca) entre otros, se fortalecen con otros sistemas de referencia, reconocimiento y significación a través de colaboraciones en revistas, prólogos, comentarios, etc. En esta red epistolar sus interlocutores latinoamericanos lo investirán con el papel productor de sentido y de mediaciones entre los pueblos de habla hispana, incluida España como parte de una cruzada pan-latina.

Estas cartas nos permiten ver el entramado múltiple de relaciones (primarias y horizontales entre amigos y congéneres, asimétricas que definen categorías de jerarquía y autoridad, relaciones de reciprocidad, dones, favores que en el mundo intelectual derivará en referencias, citas y reconocimientos), que fue facilitando el pensamiento y literatura continental como base de afirmación y emancipación cultural. Este pensamiento se irá perfilando con la definición de un conjunto de imágenes acerca del continente, su naturaleza, su presente y destino, su historia, etc.

En una carta escrita a Rubén Darío en 1902, el español Miguel de Unamuno confesará su interés por la producción americana a la que juzgará “sobre todo sólida y fuerte” (Ghiraldo, 1926 177).

Este interés venía de larga data, y así lo reconocía en otra carta enviada a Pedro Emilio Coll, legatario oficial por Venezuela y residente en Madrid en 1899.

Con todo lo turbio que hay, en las actuales letras americanas se ve que aspiran a algo cada vez más alto, que es el *exelsior* su divisa, que no se duermen en el rutinarismo que impera ni, como nosotros, se jactan de un equilibrio engañoso de salud gañaresca. Si le he de ser franco me duele algo de la influencia casi exclusiva que la actual literatura francesa allí ejerce, pero ello tiene su razón: lo nuestro no puede influir porque no da sustancia (Unamuno, 1996: 73).

Un año después le comentará también a otro venezolano, Blanco Fombona su interés hacia todo lo que viniera del Continente.

Sigo con creciente atención el movimiento literario americano, proyectando dedicarle un libro, porque la idea que de la literatura hispano-americana aquí se tiene es muy equivocada, sea para bien ó para mal. *Lo que más me agrada de ella es ese constante esfuerzo por hallar nuevas vías, por hacer algo realmente fuerte. impulsos de Ícaro de los más de los americanos*. Así se hacen más extravagancias, es cierto, pero asó se hacen más cosas grandes (Unamuno, 1996: 91).

Párrafos después comparará la chatura del ambiente español con la originalidad de los productos americanos. (Unamuno, 1996: 92). Por el contrario, no dejará de elogiar las novedades americanas. Al recibir sus *Cuentos del poeta* del venezolano valorará su enorme genio poético, su capacidad para “diseñar lo inconcreto” y “dibujar en la niebla”, su prosa donde todo es “preciso, sobrio, burilado”. Las expresiones de sinestesia que usa Unamuno, ratifica la tarea artesanal y de orfebrería en las pequeñas joyas que el escritor americano producía.

Su labor de *crítico* se desplazará además a la de *lingüista* al observar los nuevos impulsos que las letras continentales le estaban dando a la lengua española al incorporar nuevos términos con un empleo desconocidos para los peninsulares (Unamuno, 1996: 92).

En 1901, el español había prometido hacer todo lo posible para revertir el desconocimiento que existía en España sobre las letras y autores americanos: su interés por las cosas de América comprendía también el propósito de *hacer públicas las producciones que de allí fueran saliendo*, y el mecanismo más común para alcanzar ese propósito era el de escribir una recomendación en alguna revista. En el caso

particular de Blanco Fombona, hará que publiquen su colaboración sobre Nuñez de Arce en *La España Moderna* o *La Lectura*.

Esa misma colaboración se repetirá con José Santos Chocano quien en 1904, cuando estaba por viajar a España, le pidió una carta de presentación para *La Correspondencia* y el diario *El Liberal*, y un artículo sobre su obra: “Pienso que mejor que nada sería para mí un artículo de usted en que se refiera a mis proyectos literarios; en este orden, si usted quiere tender su ala sobre mí, yo le enviaré pormenorizadamente todo mi programa mental.”¹ Lo que más le interesaba era que incluyera en sus comentarios una nota sobre *Alma América*, libro que el peruano estaba por terminar y deseaba publicar en España. Unamuno había hecho publicar uno de sus poemas, “Ciudad fundada” en *La Ilustración Española e Hispanoamericana*, como anticipo de dicha obra *Alma América*, y ofrecido a prologar este libro. Unamuno le ofrece entonces una vía casi sin mediación hacia la *consagración*, máxime si tenemos en cuenta la aspiración de Chocano: “conseguir que *Alma América* fuese el libro representativo de América en las fiestas del Quijote”, donde pensaba acudir en misión oficial.

Unamuno culpará a la *informalidad* y tendencia al *compadrazgo* de los editores de periódicos españoles por las dificultades que tenían autores americanos para ingresar en el mercado español. De esa manera le recomendará al argentino Manuel Ugarte: la clave era insistir, hacerse ver, importunar en las editoriales de aquellos diarios de mayor tirada que podían incluir una nota o comentario o publicar algún avance de sus obras. Al decir que no había una verdadera lógica en esa tarea de la prestación de bienes simbólicos (menciones, honores, recomendaciones) realizadas por los directores de prensa españoles, contraponía la racionalidad inherente de su labor de crítico literario (Unamuno, 1996: 159).

El reconocimiento por parte de Unamuno no sólo servía a los americanos como vía de ingreso al mercado español, sino que también funcionaba como una *estrategia* para ser conocidos también en su propio continente: tenemos una acción social concreta, *el comentario o la presentación en la prensa*, dotada de un enorme *poder de enunciación* derivado del *capital simbólico* que posee una figura central dentro de la red como lo es Unamuno; tenemos una estrategia o juego social instrumentado por los americanos: la carta con el envío de sus obras. Así se lo haría saber al boliviano Alcides Arguedas al recibir uno de sus

¹ Carta de José Santos Chocano a Miguel de Unamuno. Lima, 1 de octubre de 1904. (Kapsoli, 2002: 67-8).

libros, *Pueblo enfermo* para su comentario: “Leeré, pues, su libro con gran interés y espero que él me dé pie para una, para más de una de esas correspondencias que con regularidad envío a *La Nación* de Buenos Aires. Y aquí, en España, diré algo de él. (Unamuno, 1996: 322)

La estrategia, juego social de enviar un texto para suscitar el interés de un comentario consiste en una práctica social con un valor determinado dentro de la red hispanoamericana que corresponsales y revistas van configurando para comienzos de siglo, y que como tal presume una consecuencia final concreta: la conquista del público letrado español. Como un sistema de reglas implícitas, la estrategia es, por lo tanto, profundamente racionalizadora de la acción, y forma parte de un juego social deliberado mediante el cual ciertas acciones se cargan de significación de acuerdo con los objetivos más o menos conscientes que los preceden (Bourdieu, 1996: 71 y ss).

Un mes después el español enviará a la Nación de Buenos Aires las notas prometidas al escritor de *Pueblo Enfermo*, y reconocerá el efecto que estos comentarios podrían alcanzar en el país de origen del escritor:

Mi estimado señor y amigo: Hoy echo al correo y llegarán a Buenos Aires a mediados del mes que viene las dos primeras correspondencias que en *La Nación* dedico a su obra. La primera se titula: *El alcoholismo en Bolivia*.... La segunda se titula: *La imaginación en Cochabamba* y tomo al pie de lo que usted dice sobre la imaginación y la megalomanía y el apego a la rutina para disertar sostenidoMis comentarios son aún más dolorosos y duros que su obra y me temo que provoquen protestas. Pero el amor a la verdad ante todo (Unamuno, 1996: 326).

La fuerza de Unamuno dentro de la red radicaba en el poder con que era capaz de dar *valor o no* a las obras que recibía -reconocerlas o denegarlas-, potencial que derivado de su *capital simbólico acumulado*, otorgaba a su juicio un valor indiscutido por las posiciones que históricamente había ido adquiriendo primero, como catedrático y rector de la Universidad de Salamanca, y luego como colaborador de los principales órganos periodísticos españoles, *La España Moderna*, *El Imparcial*, *El Heraldo de Madrid*, *La Lectura*. Su “capital simbólico de reconocimiento y consagración institucionalizados” (Bourdieu, 1996: 144) había sido acumulado de trayectorias anteriores confiriéndole a sus comentarios una función reguladora y amplificadora de las producciones que comentaba.

La figura intercultural del viajero modernista

Hacia 1900 el mismo Rubén Darío establece una etnografía de los escritores finiseculares que por entonces residían en la capital francesa. Las funciones se superponen generando situaciones de doble pertenencia, como *diplomático-poeta* o *escritor-diarista*, lo que delata los contornos aún débiles de la profesionalización y la autonomía. Se trata de una colonia cultural conformada por periodistas, diplomáticos, poetas, cronistas, críticos, traductores, viajeros ocasionales, desplazados, exiliados, jóvenes promesas, novelistas establecidos (Colombi, 2004: 185).

Mary Louise Pratt definirá los relatos de viaje como una “*zona de contacto*” para referirse a un espacio rico de múltiples intercambios y transformaciones. Con esta expresión se ocupará del espacio “en que pueblos geográfica e históricamente separados entran en contacto y establecen relaciones duraderas, relaciones que usualmente implican condiciones de coerción” (Pratt, 1997: 26), imposición y desigualdad. Con esta expresión “*zona de contacto*”, Pratt intenta “invocar la presencia conjunta, espacial y temporal, de sujetos –anteriormente separados por divisiones geográficas e históricas- cuyas trayectorias se intersectan” reemplazando de ese modo los términos de ‘frontera colonial’ que se fundaba en una perspectiva europea expansionista. Desde este punto de vista las relaciones entre nativos y extranjeros no se abordan de modo separados sino teniendo en cuenta su presencia simultánea, sus interacciones, su “trabazón de comprensiones y prácticas” muchas de ellas producidas dentro de relaciones asimétricas (Pratt, 1997:27).

Siguiendo lo anterior M. L. Pratt incorpora las expresiones de “*anticonquista*” y “*autoetnografía*” para referirse con la primera a la intencionalidad del viajero: un “veedor inocente” que observa, guarda en su memoria y posee (pasivamente) todo lo que ve, mientras que con la segunda quiere señalar “los textos auto-etnográficos son aquellos que los otros construyen en respuesta a las mencionadas representaciones metropolitanas o en diálogo con ellas” (Pratt, 1997: 28).

En esta operación diferenciadora aparece la cesura entre “un lugar propio y otro ajeno”, ésta incluirá una triple definición de un conjunto de estrategias y prácticas. El “*lugar propio*” afirma la constitución de un sujeto autónomo que alcanza su “independencia” más allá de la variabilidad de las circunstancias. Pero la apropiación del lugar se completa también mediante la acción de “ver de lejos”, una mirada totalizadora que como *práctica panóptica* transforma los elementos

extraños en objetos que se pueden “observar y medir, controlar e incluir en su visión” (Certeau, 2000: 42). Finalmente, el “*poder del conocimiento*” transformará esa mirada globalizadora en un sistema de campos propios: instituciones, laboratorios, investigaciones, etc. que producirá sus características propias. La racionalidad estratégica de la modernidad ha permitido distinguir en un ambiente “propio”, como un lugar de poder y voluntad que inspirará un diseño de estrategias y prácticas de apropiación sino de sometimiento y dominación simbólica, física y/o cultura.

Como parte de ese mecanismo de definición de un lugar propio por parte de la colonia de americanos residentes en París, Ugarte desplegará mecanismos de auto-percepción y auto-representación muy distanciados de la realidad imaginada que los había impulsado a migrar. En su “*auto-etnografía*” trazará una semblanza donde las referencias a la inferioridad, el desprecio e la inadecuación con el lugar, por parte de la sociedad metropolitana se harán presentes.

Nosotros no éramos nada. Peor que nada. Nosotros éramos sinónimos de ‘*rastas*’. (La palabra ‘*metéque*’ no había nacido aún). Lo éramos ante nosotros mismos, porque nos hallábamos despistados y cohibidos en el ambiente nuevo, con la impresión confusa de que merecíamos más de lo que ese ambiente nos otorgaba (Ugarte, 1951: 28).

La exageración en el tono social frente a la “justa medida” de las formas francesas fue otro de los rasgos que los volvió difíciles de integrar o asimilar.

Y lo éramos a los ojos de los demás, porque, sin advertirlo, hablábamos fuerte, exagerábamos las propinas, empujábamos a los transeúntes, reíamos a destiempo, cuidábamos demasiado el traje, porque carecíamos, en los gestos, en los pensamientos y las palabras, de medida; porque obrábamos en suma, como primitivos frente a una civilización milenaria que había limado los ángulos salientes para dar en todo la nota precisa y cabal (Ugarte, 1951:28).

Por su parte James Clifford, centra su atención en la *figura intercultural del viajero*: al vincularlo como sujeto de una experiencia antropológica su tarea será la de observar las mediaciones concretas cultural e históricamente situadas que así se producen, desplazando la centralidad de un “nosotros” por la de una zona de “residencia” que produce dinámicas específicas y cambiantes.

Como en el caso de los americanos que residen en París, la lista de viajeros, peregrinos y/o desplazados es infinita. Los hay misioneros, conversos, informantes educados por la metrópoli, traductores, funcionarios de gobierno, mercaderes, exploradores, turistas, viajeros, peregrinos, sirvientes, trabajadores migrantes, inmigrantes recientes (Clifford, 1999: 39).

Todo viaje suscita una comparación. Los viajeros se mueven buscando satisfacer aspiraciones culturales, políticas y económicas cuya obtención o no los vuelve o no privilegiados: unos se verán materialmente beneficiados (embajadas, nombramientos, becas), mientras otros serán oprimidos (diásporas, exilios y deportaciones). Todo viaje lleva intrínseca la idea de desplazamiento, “un peregrinaje” término más acertado pues no se limita al viaje oficial o literario, sino también al espontáneo, turístico, etc. que como aquel produce un intercambio antropológico, una modificación de un sujeto y espacio al contacto de otros. Pero la motivación de ese peregrinar contiene la búsqueda de una “ganancia” *material, científica, espiritual* para quien lo realiza, la obtención de un conocimiento o experiencia placentera, de ampliación de horizontes o salvadora que justifica abandonar el lugar propio para obtener “nuevas conquistas” (Clifford, 1999: 88).

Este viaje importador (desde Sarmiento) se inscribirá en el marco de la modernidad cultural alfabetizadora, metrópolis científicas dotadas de bibliotecas, museos, universidades, instituciones culturales con sus tertulias, ateneos, etc., que emergieron rápidamente a mediados del siglo XIX en Europa. Los americanos se sintieron fuertemente atraídos impulsados por la obtención de una ganancia transformadora y la posibilidad de contrastar realidades y legitimar la importación de modelos. Desde Sarmiento y Andrés Bello, habían buscado importar modelos de “autorización de su propio discurso”, “define el buen camino hacia la modernidad”. El corresponsal periodístico –viajero a su vez– legitima sus discursos en términos de la imitación de ese proyecto modernizador (Ramos, 1989: 109).

La generación de 1900 no fue ajena a esa búsqueda de ganancias, familiaridades e intercambios: compartirán piezas de pensión donde trabarán amistades, intercambiarán influencias, procurarán el cargo consultar que completara los ingresos de la literatura o el periodismo; se pedirán prólogos entre sí, se recomendarán como traductores o asociarán para la fundación de una revista o un proyecto editorial.

En París hallarán también las *casas editoriales* donde buscarán empleo como traductores o escritores, convirtiéndose a su vez en otros puntos habituales de encuentro: “Cuantos escritores llegaron a París por

entonces –Darío, Nervo, Carrillo- tuvieron que pasar por las horcas caudinas de Garnier. Y los que escaparon a Garnier cayeron, como Vargas Vila y Luis Urbina, bajo la férula de la casa Bouret, más hosca, menos pintoresca y con radio de acción más reducido.” (Ugarte, 1951: 40) Después de 1910 surgieron otros editoriales francesas especializadas en la producción iberoamericana: Michaud y Ollendorff, pero no fueron más que proyectos efímeros. “Ninguna alcanzó el arraigo y la importancia avasalladora de Garnier.” (Ugarte, 1951:40)

La fundación de revistas americanistas publicadas en París favoreció también la edificación de proyectos en colaboración como *Mundial Magazine* (1911-1914) y *Eleganzias* (1912-1914) dirigidas por Rubén Darío; *La Revista de América* (1912-1914) fundada por los hermanos peruanos Francisco y Ventura García Calderón; *La Revue Sud-américaine* (1914) dirigida por Leopoldo Lugones, y *El Nuevo Mercurio* y *Cosmópolis* por Enrique Gómez Carrillo (Colombi: 2004: 187-8).

La visita al escritor, político o pensador de máxima autoridad o fama completaba el circuito del viaje intelectual. Los encuentros con viejos escritores ya consagrados eran habituales en los mismos cafés que frecuentaban. De ese modo Ugarte conoció a Barrés, Zolá y fundamentalmente Barbusse, con quien más trató cuando fueron a participar en la conmemoración de los diez años de la Revolución Rusa invitados por los Soviets. Ambos compartían el mismo perfil intelectual que proclamaba el “arte intervencionista” en defensa de las libertades políticas y a favor del anti-belicismo.

Dentro de sus encuentros, Manuel Ugarte se referirá en particular al editor Garnier en reiteradas oportunidades para hacer notar la desigual relación de sometimiento que establecía con sus contratados, la mayoría españoles aventureros o republicanos exiliados “que en la dolorosa expatriación fabricaban traducciones relámpago, o improvisados filólogos, que confeccionaban diccionarios destinados a nuestra América.” (Ugarte, 1951a: ⁶⁴) “Pagaba mal” agregará. “Remando en sus galeras, perdieron la salud y la vida privilegiados espíritus. Sin embargo, con ser escasa, la retribución era un salvavidas para el rebelde recalcitrante” que con un trabajo de diez o doce horas se aseguraba la paga de la vivienda y el cigarrillo.

La relación de este editor con los escritores no era mejor, y era habitual que cuando lo contrataban para una publicación se quedara con el mayor porcentaje de las ganancias de la venta. Ugarte recuerda la siguiente anécdota:

Como yo replicase que, a pesar de tan amargo fracaso comercial, me parecía exigua la suma de seiscientos francos que ofrecía por

mis *Paisajes parisienses*, retrocedió, absorto: –Todos tenemos nuestra parte en el negocio –explicó severamente–; yo me quedo con los beneficios, pero les doy a ustedes la notoriedad.” (Ugarte, 1951: 39)

Sin embargo con el paso del tiempo, debió reconocerle la notable labor de distribución de las obras que ejerció ese editor sobre todos los autores americanos que fue publicando. “He llegado a la conclusión de que, a pesar de los pesares, le debemos efectivamente, buena parte de lo que somos. Sus ediciones llegaron hasta los últimos rincones del mundo de habla hispana” (Ugarte, 1951: 40).

París funcionaba entonces como una “meca cultural” de la intelectualidad hispanoamericana con sus recursos al alcance de la mano. Fijando así residencia consiguieron hacer efectiva la aspiración de consagración con la que huyeron de sus países de origen y también de su propio continente.

No obstante esas ventajas, sus vidas cotidianas no fueron fáciles: deseosos de convertirse en residentes, prolongarían su perspectiva de turista y *flaneurs*, recorriendo incansablemente las calles de la ciudad y golpeando con un manuscrito bajo el brazo en busca de una aceptación. El primer trasplante que experimentaron fue el del idioma: hablaban francés pero no lo sentían ni lo comprendían. Aprendieron la vida bohemia como un decálogo del sentir y del vivir en París, trabando amistad con otros como ellos “desclasados”: escritores pobres, llegados de las provincias, físicamente débiles, tuberculosos con quienes compartían pensiones, hoteles y tertulias de café en el Barrio Latino (Ugarte, 1951: 37-42).

Su experiencia en esa ciudad les permitiría organizar su visión de Europa, “ver de lejos” sus lugares de partida y proyectar destino de América: “Fundimos una visión de Europa y una abstracción de América que nos llevó a escribir, fuera de la geografía y del tiempo todo lo que las podría perjudicar.” (Ugarte, 1951: 197). Fueron estas representaciones compartidas del viejo mundo, lo que los condujo a formular como base de unidad y emancipación política y cultural de la América española y defenderla de los peligros que amenazaban sobre ella. Sin embargo, a pesar de esta labor de patriotismo nacida de una auténtica convicción nacional en defensa de sus propias nacionalidades y del continente, su prédica halló fuertes antagonismos que le impidieron realizar su labor en sus propios países.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (1996) *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa.
- De Certeau, M. (2000) *La invención de lo cotidiano*. I. *Artes de Hacer*, México, Universidad Ibero-americana- Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Clifford, J. (1999) *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa editorial.
- Colombi, B. (2004) *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- Darío, R. (1926) *Epistolarios I*, Prólogo de Alberto Ghirardo. Volúmen VIII. Madrid, Biblioteca Rubén Darío.
- Kapsoli, W. (Comp.) (2002) *Unamuno y el Perú. Epistolario, 1902- 1934*, Lima, Universidad de Salamanca- Editorial Universitaria Universidad Ricardo Palma.
- Pratt, M. L. (1997) *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Ramos, J. (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ugarte, M. (1951) *La dramática intimidad de una generación*, Madrid, Imprenta Prensa Española.
- Ugarte, M. (1951a), *El naufragio de los argonautas*, Madrid, Imprenta Prensa Española.
- Unamuno, M. de (1996) *Epistolario Americano (1890-1936)*. Edición, introducción y notas de Laureano ROBLES, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.